

LUIS ÁNGEL ARGÜELLES

I

El centenario del natalicio del sabio mexicano Alfonso Reyes (1889-1959) ha de servir, seguramente, para que aparezcan nuevas valoraciones en torno a esta prestigiosa figura de las letras americanas. Sin duda su obra literaria ha sido la mejor embajadora que ha tenido México en la presente centuria. Ciertamente la producción alfonsina ha ejercido su influencia en numerosos intelectuales contemporáneos, particularmente en los de este continente.

Es conocido que Reyes cultivó con maestría de estilo y profundidad conceptual diversos géneros literarios. Fue un auténtico humanista con vastos conocimientos de la literatura universal, tanto la antigua como la moderna. De su portentosa sabiduría podría decirse lo que Goethe de la de Humboldt: "Parece una fuente con muchos caños; corre inconteniblemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija". Muchos son los que se han "empapado" o, al menos, "salpicado" (y continuarán haciéndolo) con el torrente alfonsino.

Ahora bien, vale la pena subrayar que su sabiduría no fue puesta al servicio de causas innobles, pues, como bien escribió Raúl Roa, su "altitud intelectual y actitud ética se funden y confunden [pues fue]... un escritor que nunca prostituyó su dignidad intelectual".¹

Si bien no fue un "militante político", según la concepción tradicional del término, sin embargo no por eso dejó de hacer "política", según el sentido original de este vocablo. Reyes abogaba por el desarrollo integral de su país, contribuyendo a ello, principalmente, tanto a través de su obra literaria como de su actuación diplomática, en tiempos bien difíciles para su patria, la cual emergía de una profunda conmoción revolucionaria.

El insigne mexicano se consideraba "ciudadano del mundo" (sin menoscabo de su nacionalidad), pues, para él, el globo terráqueo era su provincia.

¹ Raúl Roa, "Altitud y actitud de Alfonso Reyes", *Bohemia* (La Habana), 47 (49): 42-13, 136-139; 4 de dic. de 1955, il.

Pueblo me soy —escribió— y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal... Soy hermano de muchos hombres y me hablo de tú con gente de varios países.²

Es en esta concepción universal del mexicano donde observamos una interesante coincidencia con el pensamiento del héroe nacional cubano José Martí para quien, como una vez expresó, "Patria es humanidad", quien pudo decir en sus versos "yo vengo de todas partes, hacia todas partes voy..." Por cierto, digamos que Reyes conoció la obra martiana, la cual le impresionó sobremedida.

Al leer a Martí —escribió— en verso o en prosa, es imposible libertarse de la imagen del verdugillo, de la hoja fina y rígida que nos atraviesa el corazón... La lengua española alcanza aquí nuevas conquistas... Su arte es un arte de relámpagos; cada relámpago revela y esconde inexplorados paisajes.³

Anotemos, de paso, que otra similitud observable entre el genio cubano y el genio mexicano se vincula a lo que pudiéramos llamar "el sentido agónico de su existencia". Por ello, de Reyes habría que decir lo que él escribió sobre Martí: si bien "hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa". Ambos, desde muy jóvenes, se trazaron los objetivos que debían alcanzar y lucharon denodadamente por su realización.

II

Existen, sin duda, muchos puntos de contacto entre Alfonso Reyes y Juan Marinello. Ambos poseían una sólida formación intelectual, la cual pusieron al servicio de los sectores populares. Tanto el uno como el otro vieron en la literatura un medio que podía contribuir a la comprensión entre los hombres, convirtiéndolos en más cultos y, por lo tanto, más plenos. Por ello, ambos hicieron una literatura que tenía fundamentalmente un propósito renovador, rebasando la simple erudición y elegancia literaria. Recordemos, por ejemplo, que en el *Discurso por Virgilio*, con motivo del bimilenario de la muerte del poeta latino, Reyes aprovecha la ocasión y, a la vez que evidencia cómo la literatura clásica podía tener utilidad nacional, hace propuestas que posibiliten un mayor desarrollo para su patria mexicana. De este texto son las sugerencias que plantean "quiero

² Alfonso Reyes [cita], en Jorge Mañach, "Obra y gracia de Alfonso Reyes", Academia Cubana de la Lengua, *Boletín* (La Habana), 9 (1-4): 46; enc.-dic. de 1960.

³ José Martí, en *Posición de América*, pról. de Marta Robles, México, Editorial Nueva Imagen, 1982, p. 15.

⁴ *Ibid.*

el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de caer conquistas ya alcanzadas [...] Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo". Por otro lado, el sabio mexicano nos recuerda que el maridaje virgiliano de agricultura y poesía —expuesto en *Las Geórgicas*— era, a su vez, el sueño del Padre de la Patria mexicana y que aún estaba por realizar.

Además, si bien estas dos egregias figuras no se adscribían a una misma corriente política (es conocida la temprana filiación marxista del intelectual cubano), ambos tomaron algunas posiciones comunes con respecto a la problemática política. Vale destacar, por ejemplo, los esfuerzos dedicados a favor del mantenimiento de la paz universal que posibilitara el necesario desarrollo de nuestros pueblos. Como humanistas, ambos poseían una particular vocación pacifista.

En virtud de la honestidad intelectual que los caracterizaba, ambos hubieran suscrito lo dicho por el ilustre hereje fray Bartolomé de las Casas, pues tampoco a ellos les interesaba "la sabiduría que no pasa por el corazón".

¿Cómo se produjo la amistad entre ellos? La lectura de los textos alfonosinos, divulgados en la isla a partir de la segunda década de este siglo, permitieron que la joven intelectualidad cubana de entonces conociera y admirara la figura del ilustre mexicano. Por eso, no es de extrañar que cuando Reyes visitó La Habana en mayo de 1924,⁵ en tránsito hacia su patria, el llamado Grupo Minorista —integrado por jóvenes cubanos que pugnaban por un cambio de valores en la vida política y cultural de la sociedad cubana de aquellos tiempos— lo recibiera con alegría y le brindara en su honor uno de sus "almuerzos sabatinos".⁶ Entre esos jóvenes

⁵ Alfonso Reyes llegó a La Habana el jueves 1º de mayo de 1924 a bordo del lujoso trasatlántico de bandera española "Cristóbal Colón". En esta ciudad permaneció hasta el mediodía del domingo 4 de mayo, fecha en que reembarcó para Veracruz (véase *El Mundo* (La Habana), 2 de mayo de 1924: 6 y 5 de mayo de 1924: 6. Agradecemos estos datos al licenciado Patricio Bosch Quidiello. Durante las horas que estuvo en La Habana fue muy agasajado por el elemento intelectual y diplomático cubano. Existe testimonio gráfico de esta breve estancia cubana. Véase, por ejemplo, la foto publicada por la revista *Carteles* (La Habana) 7 (3): 15, 18 de mayo de 1924. A su vez, en el libro *Contemporáneos...* de Juan Marinello (Universidad Central de Las Villas, 1964) se inserta una interesante foto que muestra a Alfonso Reyes reunido con intelectuales cubanos de la época. Aparecen Marinello, Carpentier, Emilio Roig, Tallet, Mariano Brull, Massaguer, Mariablanca Sabas Alomá, entre otros. Por último digamos como dato de interés que, a su llegada a Veracruz, después de partir de Cuba, Reyes escribió un extenso poema sobre esta isla antillana. Este poema se publicó por primera vez en Cuba en *Revista de Avance* (La Habana) 15 de agosto de 1927: 229-231.

⁶ Véase: Ana Cairo Ballester, *El Grupo Minorista y su tiempo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978 [i.e. 1979], 399 p.

minoristas que veían en Alfonso Reyes a un maestro, se encontraba Juan Marinello.

Con posterioridad, el cubano estuvo en varias oportunidades en tierra azteca, unas veces como exiliado político (la primera en 1933 y la segunda en 1936), y otras por razones de trabajo. En algunas de esas ocasiones, suponemos, debió aprovechar para visitar al ilustre mexicano, con quien llegó a tener una estrecha amistad.

Marinello conocía la obra alfonsina y de ella expresó: "está teñida de un mexicanismo de superior sustancia, en que reside la universalidad".⁷ Para el cubano, el galardón de mayor relevancia a la obra de Reyes (mucho más que el otorgamiento del Premio Nobel del que tanto se habló) radicaba en "la pleitesia de veinte pueblos que han recibido lo mejor de su tarea y que le deben el ejemplo de una cultura universalizada y real".⁸

III

Las cartas que se reproducen a continuación⁹ nos permiten conformar todo un conjunto de ideas en torno a estos dos grandes hombres.

En virtud de esta correspondencia se puede observar que el mexicano estuvo al tanto de la obra literaria del intelectual cubano, incluso la de sus años mozos. En carta de Alfonso Reyes a Juan Marinello, fechada en septiembre de 1928 (y quien a la sazón ya era embajador de México en Argentina) le estimula a que "siga sembrando en tierra vieja (a pesar de lo que digan, lo es la nuestra) esas inquietudes de joven". Y al despedirse le expresa "y no olvide que lo leo".

A partir de la década del 20, ambos se enviaban sus libros publicados pues cada uno sabía que ello constituiría un motivo de sana alegría para el otro.

En septiembre de 1948, Marinello realiza la tercera visita a México pues se encontraba preparando el Congreso Continental por la Paz y la Democracia. La intelectualidad del país azteca¹⁰ le ofrece una cena homenaje donde hacen uso de la palabra varias figuras prominentes y se leen distin-

⁷ Juan Marinello, *Contemporáneos: noticia y memoria* [La Habana], Universidad Central de Las Villas, 1964, p. 133.

⁸ *Ibid.*, p. 140.

⁹ En torno a la correspondencia aquí reproducida debemos decir que, excepto una, son copias de los manuscritos originales que se encuentran en la papelería de Juan Marinello Vidaurreta, la cual se halla depositada en la Biblioteca Nacional José Martí. La excepción resulta ser la carta de Reyes a Marinello, fechada el 14 de septiembre de 1948, y aparecida originalmente en el libro de Marinello, *op. cit.* (7).

¹⁰ Véase: "La inteligencia de México rinde homenaje a Marinello". *Hoy* (La Habana), 21 sept., 1948: 8.

tos saludos de adhesión de intelectuales ausentes al acto, entre ellos, el de su amigo Alfonso Reyes. Seguramente el mensaje leído en aquella cena haya sido la carta (aquí reproducida), fechada el día 14 de ese mes en Cuernavaca, donde el sabio mexicano le expresa:

Aunque no en persona —por imposibilidad material— concuro a tu banquete en voluntad y en adhesión sin reservas. Y que se haga constar mi altísimo aprecio para el *Cubano Universal* a quien aplaudo y quiero, y cuyos ejemplares esfuerzos he visto con orgullo.

Por otra parte, resulta de particular interés la lectura de las copias de dos cartas que Reyes envió a Marinello, las cuales acompañaban a su misiva fechada el 24 de octubre de 1955. Ambas cartas habían sido escritas en agosto y septiembre de 1954 y estaban dirigidas al ensayista y crítico cubano Jorge Mañach, quien por entonces tenía una sección a su cargo en el *Diario de la Marina*. En ambas epístolas, el autor de *El Deslinde* presenta sus descargos contra los reproches que algunos le hacían en cuanto a que él se encontraba desvinculado de los problemas sociales (o, como él le llama, de “la inquietud contemporánea”). En la primera de estas cartas (fechada el 30 de agosto de 1954), Reyes responde, si bien breve pero de manera precisa, a los cargos principales que se le imputaban: 1) despego con respecto a su país; 2) despego con respecto a su continente; 3) despego con respecto al momento político en que se vive.

Por cierto, observamos nosotros, en la copia de esta carta a Mañach que se le remite ahora a Marinello, Reyes hace dos notas manuscritas al margen que sirven para actualizar la información, pues ya había transcurrido más de un año de haberse redactado.

La segunda de estas cartas (fechada el 20 de septiembre de 1954) posee un especial interés ya que nos permite conocer, por propia declaración de su autor, la incidencia directa de su tormentosa vida en su obra literaria.

Más de una vez —escribe Reyes— tuve que aprender a oír “muercas”, contra mi propio padre (el hombre más grande que he conocido). Más de una vez tuve que cerrar los oídos a quienes me querían contar su muerte y decirme los nombres de quienes hicieron fuego contra él. No quise arrastrar *vendettas* (léase la transposición de este caso en mi poema *Ifigenia cruel*); no quise arrastrar cadenas de rencores. . .

Por cierto, como en el comentario periodístico de Mañach sobre Reyes, el primero, tratando de explicar la actitud del mexicano, había escrito: “Si por unas razones o por otras, usted nunca ha sido peleador, ha tenido, en cambio, algo que no importa menos: cura de almas, de sensibilidades,

de conciencias, de inteligencias".¹¹ Reyes, a su vez, no conforme en que se le ubique entre los intelectuales "no peleadores", responderá a Mañach en esta propia carta de la manera siguiente:

¿Que yo no he sido peleador? ¿Y no he combatido contra el Ángel del Mal, combate más duro que el de Jacob? ¿Y no he tenido que vencerme a mí mismo, que no es el menor de los encuentros? Me arranqué el aguijón para sólo consagrarme a criar miel, en la intención al menos. ¡Ojalá mi miel no haya resultado insípida o amarga!

La correspondencia de Alfonso Reyes con Juan Marinello revela una larga amistad entre estos dos "americanos universales". Es de observar que ya en las cartas del sabio mexicano enviadas al intelectual cubano, a partir de la década del 40, están encabezadas con el tratamiento de "Mi querido Juan" o "Mi muy querido Juan". Asimismo las expresiones de despedida utilizadas son muestras fehacientes de esa amistad. En la última de las cartas aquí presentadas (redactada por Reyes el 3 de diciembre de 1956) le expresa Marinello: "Dispón de mí con toda libertad. Todo trato contigo es para mí muy placentero..."

Dos años antes, en 1954, cuando se enteró del encarcelamiento de Marinello, se mostró altamente preocupado por su destino y así se lo hizo saber en comunicación que dirigiera al prestigioso intelectual cubano don Fernando Ortiz. Recordemos que, el 10 de marzo de 1952, Batista había dado un reaccionario golpe de Estado en Cuba y a partir de entonces arreció la represión contra las fuerzas de izquierda, motivo por el cual Marinello fue detenido en varias ocasiones, viéndose obligado a pasar a la vida clandestina entre fines de 1956 y 1958. La casa del cubano sería varias veces registrada y saqueada por la policía batistiana. Presumiblemente estas circunstancias hayan incidido en una posible suspensión de su correspondencia cruzada (así como también en una posible destrucción de cartas alfonsinas) pues cuando Marinello sale del clandestinaje, al triunfar la Revolución Cubana en 1959, coincide con los achaques de enfermedad y posterior desaparición física del sabio mexicano.

¹¹ Jorge Mañach había publicado en su sección "Relieves" del *Diario de la Marina* un artículo titulado "Homenaje a Alfonso Reyes" aparecido el 25 de agosto de 1954. Este trabajo es el que motiva la carta de Reyes a Mañach fechada el 30 de agosto de ese año, donde le agradece sus palabras, al tiempo que hace sus descargos. Esta misiva del mexicano fue reproducida a su vez en el propio *Diario de la Marina*, en su edición del 8 de septiembre de 1954, bajo el título de "Correspondencia con Alfonso Reyes" (página 4-A). Acompañando esta carta se publicaron unos comentarios de Mañach, a los cuales se refiere Reyes en la segunda carta que le enviara con fecha de septiembre 20 de 1954.

CARTA 2

EL COLEGIO DE MÉXICO

Pánuco, 63

Eric. 18-68-61 Mex. L-47-61

Cable: Espamex

(MEMBRETE)

México, D. F. a 26 de abril de 1948.

Sr. D. Juan Marinello

Representante a la Cámara

La Habana, Cuba.

Muy querido Juan:

Mucho te agradezco tu carta del 27 de marzo que me ha sido personalmente entregada por el señor Le Viverend. Ya está él trabajando con nosotros y desde luego deseamos dejarlo complacido en todo.

El Congreso de Escritores quedó indefinidamente aplazado por asuntos de posibilidad de viajes y oportunidad internacional. Ya te haré seña cuando llegue el momento, que sin duda no será en todo este año.

Mis respetos a tu esposa y un abrazo de tu viejo amigo.

(Firma)

Alfonso Reyes.

CARTA 3

Cuernavaca, 14 Sept. 1948.

Mi muy querido y viejo (y joven) amigo Juan Marinello:

Aunque no en persona —por imposibilidad material— concurro a tu banquete en voluntad y en adhesión sin reservas. Y que se haga constar mi altísimo aprecio para el *Cubano Universal* a quien aplaudo y quiero, y cuyos ejemplares esfuerzos he visto con orgullo. Tú y los demás buenos hermanos de Cuba

—inolvidables, predilectos y siempre cercanos— sabéis bien que siempre estoy a vuestro lado. Un estrecho abrazo, de tu constante

(Firma)

Alfonso Reyes.

CARTA 4

México, D. F. 24 de octubre de 1955.

Sr. D. Juan Marinello,
Calle 21 N° 160 altos entre K y L,
Vedado, La Habana.

Mi querido Juan:

Gracias por tu carta del 18 de oct. Mi salud va a tropezones, pero parece que hay un progreso.

¿La paz? En *Tentativas y orientaciones* hay una página mía llamada Doctrina de paz, a la que permanezco fiel. Data de 1938 (se publicó primeramente en la revista de V[icente] L[ombardo] T[oledano], *Futuro*), antes de que muchos amigos nuestros se preocuparan de este problema. Lo único que sucede es que no soy político, no creo en congresos ni manifiestos (aunque reconozco el derecho que asiste a los que creen en ellos), y prefiero navegar por mi cuenta y sólo firmar lo que yo escribo.

Para mejor explicarme, en términos estrictamente confidenciales, entrego a tu lealtad amistosa la copia de dos cartas que dirigí a Mañach el año pasado. Guárdalas para la historia del corazón de tu fraternal amigo.

(Firma)

Alfonso Reyes.

CARTA 5

[NOTA manuscrita que señala:

Copia confidencial para
Juan Marinello]

México, D. F., a 30 de agosto de 1954.

Mi querido Jorge Mañach:

Gracias de todo corazón. En su artículo del *Diario de la Marina* (25, VIII, 1954), entre mil cosas tan generosas como gallardamente expresadas, me defiende usted contra el cargo de no haber tratado directamente de cosas sociales y todo eso que suele llamarse "la inquietud contemporánea". Creí que esta campaña estaba ganada. Este cargo tenía tres aspectos:

- 1) Despego con respecto a México;
- 2) despego con respecto a nuestra América;
- 3) despego con respecto a la hora política que vivimos (y padecemos).

1) El primer punto se desvaneció por sí solo. Era efecto de mi ausencia de México. Cuando volví, los jóvenes me empezaron a leer de veras. Rectificaron, me declararon su precursor en ciertas investigaciones sobre el espíritu nacional, dispersas en mi obra (para no hablar de libros como *Visión de Anáhuac* y *El testimonio de Juan Peña, Letras de la Nueva España*, etc.) e inauguraron su colección "México y lo mexicano" con una antología de mis páginas mexicanas llamada *La X en la frente* (México, Porrúa y Obregón, 1952). Ya aquí nadie repite este disparatado cargo.

2) El segundo punto se ha ido también rectificando solo, al extremo de que una graduada de nuestra Universidad —ahora becada en Alemania— prepara un volumen sobre "América en A.R.", y el escritor colombiano Rafael Gutiérrez Girardot ha publicado recientemente, en *Alcalá* (Madrid) y en *Bolívar* (Bogotá) un ensayito sobre la imagen de América en mi obra, que se propone seguir desarrollando aún.

3) El Prof. chileno Manuel Olgún, del Depto. de Español y Portugués de la Universidad de California (Los Ángeles), hace

años está preparando un estudio sobre la idea social en la obra de A.R., del que trajo ya una primicia en conferencia leída en México el año pasado, cuando el aniversario de nuestra Universidad Nacional, y que consta en uno de los respectivos volúmenes del Congreso aquí realizado en tal ocasión. Continúa reuniendo todos los rasgos dispersos (ya envió un libro entero sobre el asunto al editor de México Costa-Amic). (El texto del paréntesis es una nota manuscrita al margen añadida en la copia de la carta a Marinello) en mi obra de mi preocupación social. La base está en dos libros que temo usted no conozca: *Última Tule* y *Tentativas y orientaciones*. En ambos ataco de frente la cuestión política, en el sentido griego y original de la palabra. Últimamente, en mimeógrafo, repartí una *Carta a una sombra* (la de P[edro] H[enríquez] U[reña]) sobre los sucesos argentinos, y una *Charla* que publicó el *Tiempo* de Bogotá sobre la libertad del pensamiento. Para sólo hablar de lo más reciente. . .*

Mi obra es muy extensa. Supone su lectura la consagración de un tiempo excesivo. No puede pedirse a nadie este sacrificio. Tampoco es fácil que el crítico la tenga toda en la mente cuando escribe. (En prueba, le envió una "bibliografía de A.R." y un "A.R. traducido": perdone en aquélla los datos de condecoraciones, etc., por haber sido redactada originalmente para el Escalafón Diplomático). Como es tan abundante, no se la ve. Pues, decía Aristóteles, lo desproporcionado a la visión humana —como un animal enorme— no es feo ni bello: sólo se aprecia por partes.

Lo abraza muy cordialmente su fraternal y viejo amigo

Alfonso Reyes.

Av. Industria 122,

México 11, D. F.

* Sobre la Argentina, reciente manifestación que firmo con J. Silva Herzog, Eduardo Villaseñor, Manuel Márquez y León Felipe. (Llamada manuscrita al margen agregada en la copia de la carta a Marinello.)

CARTA 6

[Nota manuscrita que expresa: Confidencial Copia: a Juan Marinello]

México, D. F. 20 de septiembre de 1954.

Mi querido Jorge Mañach:

No quiero abusar de usted ni del *Diario de la Marina*, donde tan noblemente y con tan fino y justo comentario recoge usted, con fecha 8 de septiembre, mi carta del 30 de agosto último. Por eso le dirijo estas líneas en términos confidenciales, como además lo aconseja su materia misma. Pero, ante todo, y con referencia a su afectuosa carta del 14 de septiembre, quede usted enteramente tranquilo: no ha habido agravio, rasguño, ni matadura, sino una excelente ocasión para poner los puntos sobre las íes, lo que mucho le agradezco. Hoy quiero continuar explicándome.

Ha dicho usted, refiriéndose a mi postura pública:

"Si, por unas razones o por otras, usted nunca ha sido peleador..." Es decir, que nunca me he mezclado en la actualidad política. Su tino psicológico y su simpatía han comprendido, en efecto, que yo tenía mis razones. Mejor diremos: las razones que he tenido para abstenerme de ciertas cosas han determinado mi conducta definitiva, creando en mí un hábito moral.

Soy hijo del General Bernardo Reyes, guerrero desde los días de la lucha liberal contra la Intervención Francesa, y luego —durante la era porfiriana—, Gobernador del Estado de Nuevo León, en cuya capital, Monterrey, vine yo a nacer. Poco a poco, mi padre se convirtió en ídolo del país; era positivamente idolatrado; se le veía como la centinela avanzada para las futuras evoluciones políticas del país, y como el sucesor deseado de Porfirio Díaz que inaugurara una era de mayor atención para todas las clases e intereses sociales.

El General Díaz, que comenzó dándole su confianza, le permitió desarrollar después una gran labor en la Secretaría de Guerra y aun hizo como que lo ofrecía a la opinión por candidato pro-

bable (por supuesto, sin soltar prenda), después se alejó de él y le retiró prácticamente su apoyo.

Achaque de autócratas, que temen como Cronos a los que creen sus criaturas. La opinión pidió una revolución a mi padre, y él se negó por lealtad militar para su antiguo jefe. El "reyismo", como se llamó al movimiento que se produjo en torno a él, vino a ser precursor de la Revolución Mexicana. Como todos los precursores, mi padre se quedó atrás. Cuando Madero empuñó la Revolución que él no quiso hacer, mi padre había perdido ya toda su popularidad de la noche a la mañana. Y como no todos confiaban en las aptitudes gubernamentales de Madero, mi padre creyó que él podía ser aún el verdadero encauzador del país. En funesto día se dejó arrastrar por algunos candorosos partidarios, por algunos calculadores aviesos y algunos desechados del "porfirismo" que buscaron su arrimo; renunció a su grado militar, y quiso hacer un levantamiento en que nadie lo siguió. Se entregó él mismo, deseoso de morir. En vez de eso, lo encarcelaron en la prisión militar (con toda clase de miramientos) y le abrieron un largo proceso. Al fin, como consecuencia de la asonada militar del 9 de febrero de 1913, ese mismo día cayó frente al Palacio Nacional, atravesado por la metralla.

Se impuso la dictadura militar de Victoriano Huerta, y yo tuve que "dejarme nombrar" 2º Secretario de la entonces Legación de México en París; porque mi actitud de protesta ante el asesinato de Madero y de Pino Suárez incomodaba mucho al régimen, en que mi pobre hermano mayor, Rodolfo, muerto hace poco en Madrid y desterrado voluntario para toda su vida, se había dejado nombrar Secretario de Justicia. Así empecé mi carrera diplomática.

A la caída de Huerta (que yo ya descontaba), sobrevino la Guerra nº 1 y tuve que ir a España para ganarme la vida con la pluma durante cinco años, donde me hermané con la gente de letras destinada a crear más tarde la República de los Profesores, la de la primera etapa. Al cabo de estos cinco años, los gobernantes revolucionarios de México se acordaron de mí y me reintegraron en el Servicio Exterior. Todo el mundo conocía en México mis ideas políticas, y todos sabían que yo callaba y había quedado en difícil situación por no poder combatir contra mis más sagrados recuerdos ni contra mis propios familiares. Cinco años más fui en España Encargado de Negocios *interino*. Nadie, en el fondo, quería que lo nombraran Ministro en Madrid. Me

tocaron las luchas diplomáticas más arduas, por los días en que los campesinos mexicanos daban muerte a los "encomenderos" (los tiranos inmediatos, muchos de ellos españoles establecidos en haciendas, reales mineros, etcétera, dueños de la "tienda" a quien todos debían dinero). La tarea era dura; no salí mal de mis afanes. De ahí ascendía a Ministro, y después a Embajador en otros países.

En suma, que yo consagré al servicio diplomático mis mejores años, y allí sí que he sido peleador, y cuando no había que pelear, guarda cuidadosa, pues el diplomático cuida los intereses del país en conjunto y la línea de flotación del barco en las aguas internacionales. Tuve que reñir muchas batallas: eran tiempos en que el crédito de México padecía en el extranjero a causa de nuestras turbulencias sociales.

Mi abstención de la política queda explicada en mucho, creo yo, por mi largo deber diplomático, que aún me sujeta a veces, porque los gobiernos mexicanos me recuerdan que he representado la amistad de México en éste o en otro país, y aunque yo no dependa ya de cargos oficiales, la casaca diplomática y la militar no se abandonan nunca del todo. Asimismo mi abstención se explica por mis amarguísimas experiencias familiares, las cuales empezaron siendo yo muy niño. Más de una vez tuve que aprender a oír "mueras" contra mi propio padre (el hombre más grande que he conocido). Más de una vez tuve que cerrar los oídos a quienes me querían contar su muerte y decirme los nombres de quienes hicieron fuego contra él. No quise arrastrar *vendettas* (léase la transposición de este caso en mi poema *Ifigenia cruel*); no quise arrastrar cadenas de rencores. Yo tenía otra misión que desempeñar en la vida, y he procurado cumplirla en la medida de mis fuerzas.

Lo anterior explica también suficientemente el *handicap* que ha pesado sobre mí y que ha hecho que los gobiernos, aunque hayan contado conmigo para el Servicio Exterior, nunca se hayan atrevido a llamarme a los Gabinetes presidenciales, como algunas veces se intentó. ¡Feliz obstáculo!

Él me ha salvado de entrar en este orden de acciones que no son más que transacciones, y a veces muy indeseables.

Y finalmente, como dice el novelista Harrison, tras de sufrir ataques de la trombosis coronaria —como la que a mí me ha visitado varias veces, con más o menos furia, desde 1944 hasta 1951—, ya no se es ateo ni creyente, demócrata ni republicano,

sino que se ingresa en una nueva clase aparte: se es sencillamente cardíaco.

¿Que yo no he sido peleador? ¿Y no he combatido contra el Ángel del Mal, combate más duro que el de Jacob? ¿Y no he tenido que vencerme a mí mismo, que no es el menor de los encuentros? Me arranqué el aguijón para sólo consagrarme a criar miel, en la intención al menos. ¡Ojalá mi miel no haya resultado insípida o amarga!

Lo abraza con vivo afecto

(Firma)

Alfonso Reyes.

Av. Industria 122,

México 11, D. F.

GARTA 7

México, 30. VI. 1956.

Sr. D. Juan Marinello.

Calle 21, N° 161 altos.

Entre K y L.

Vedado, La Habana, Cuba.

Querido Juan: Quiero enviarte el 3º y próximo tomo de mis *Obras completas*, pero no sin que antes me digas si recibiste los dos anteriores que en su tiempo te remití.

Saludos cordiales

(Firma)

Alfonso Reyes.

CARTA 8

a 29 de octubre de 1956.

Sr. Don Juan Marinello,
La Habana, Cuba

Muy distinguido amigo:

El pintor mexicano Diego Rivera, a quien se debe el más importante desarrollo de la pintura en el Continente Americano durante el siglo xx, cumplirá el próximo día 8 de diciembre la edad de 70 años.

Sus amigos y admiradores de México hemos resuelto publicar, para dicha fecha, un libro de homenaje que recoja el testimonio —en no más de una cuartilla escrita a máquina— de los principales artistas, críticos de arte, escritores y humanistas que han seguido con interés el desarrollo de la cultura en Hispanoamérica.

Mucho nos agradecería ver representado a usted y a su país en dicha publicación, y por ello nos permitimos rogarle que se sirva honrarnos con una cuartilla sobre Diego Rivera o algún aspecto de su obra, su influencia, su relación con Europa o su lugar en la pintura mexicana y universal del presente siglo.

Para que el libro se publicara con la debida oportunidad, le agradeceríamos a usted se sirviera enviarnos su original no después del 20 de noviembre próximo.

Ofrecemos a usted nuestro agradecimiento y las seguridades de nuestra distinguida consideración.

(Firma)

Carlos Pellicer

(Firma)

Antonio Castro Leal

(Firma)

Alfonso Reyes

GARTA 9

México, D. F., 14 de noviembre de 1956.

Sr. don Juan Marinello,
Calle 21 n° altos, entre K y L,
Vedado, La Habana,
CUBA.

Mi muy querido Juan:

Gracias por tu carta del 8 de noviembre y tu preciosa página sobre Diego, que ya entrego a los encargados del asunto. No importa que las hayas enviado duplicadas, mejor. Mis *Obras completas* no me pertenecen, sino por los derechos de venta que percibo. Pero ya me dirijo al Fondo de Cultura Económica, recordándole tu nombre y tu pluma de crítico con el mayor gusto. Sea por conducto de Teresa Proenza o directamente, te harán llegar los 3 volúmenes ya publicados.

Mi salud resiste aparentemente y me permite trabajar, pero debajo de la máscara andan ya los ajes de los años.

Un abrazo de viejo y fraternal amigo

(Firma)

Alfonso Reyes.

GARTA 10

México, D.F., 3 de diciembre de 1956.

Sr. don Juan Marinello,
Calle 21 n° 160, altos, entre K y L,
Vedado, La Habana,
CUBA.

Mi querido Juan:

Con tu carta del 26 de noviembre recibo "Un aniversario americano" que ya entrego a D. R.

Temo que el Fondo te haya enviado los tres primeros tomos de mis *Obras completas* sin mi firma. Si así fuera, te firmaré el 4º próximo a salir, y también los sucesivos.

Dispón de mí con toda libertad. Todo trato contigo es para mí muy placentero. Un estrecho abrazo de tu viejo amigo.

(Firma)

Alfonso Reyes.

Don Juan Marinello,
La Habana, Cuba.

Mi muy querido Juan:

Gracias por tu carta del 2 de noviembre y tu preciosa página sobre Diego que te envío a los encargados del asunto. Yo me voy a las Bahamas y voy a hacerle un libro que voy a publicar. Pero ya me dirás el fondo de Cultura Económica, te recomiendo tu nombre y te recomiendo con el mayor gusto que por conducto de la casa de imprenta cubana te hagan llegar los 2 volúmenes ya publicados.

Me voy a las Bahamas y me voy a publicar un libro que te recomiendo y te recomiendo con el mayor gusto que por conducto de la casa de imprenta cubana te hagan llegar los 2 volúmenes ya publicados.

Alfonso Reyes

Con tu carta del 25 de noviembre recibí "Un aniversario americano" que ya envío a D. R.

Con tu carta del 25 de noviembre recibí "Un aniversario americano" que ya envío a D. R.

Don Juan Marinello,
Calle 21 no 100, entre K y L,
Verdejo, La Habana,
CUBA.

Mi querido Juan:

Con tu carta del 25 de noviembre recibí "Un aniversario americano" que ya envío a D. R.